

## COSAS DE LA TIERRA



### Haciendo «Novillos»

El sol inunda la campiña con viva luz; los pájaros cantan en la enramada y los árboles embalsaman el ambiente con el aroma de sus flores.

Josecho que lleva de la mano á su hermano menor Pedrocho, no puede resistir á la tentación de este encanto de la naturaleza y en vez de tomar el camino de la escuela se interna por un sendero hacia el campo.

Hacen alto en el lindero de un bosque junto á una extensa pradera en la que el pequeñuelo comienza á revolcarse sobre la hierba, contento y satisfecho de verse libre, para terminar quedándose tumbado boca arriba, aspirando á plenos pulmones el aire puro.

Entretanto Josecho abraza el tronco de un árbol y con esfuerzo inaudito trepa hasta las ramas más altas, entre las que espera hallar el codiciado nido

Sus pesquisas le dan por resultado encontrar uno del cual escapa veloz, con piar quejumbroso, un pobre gilguerrillo, al verse tan inopinadamente sorprendido en la intimidad de su hogar, y el chicuelo baja triunfante llevando en la mano un nido lleno de diminutos huevos de un color verdoso.

En este instante el reloj de la torre de la iglesia de la aldea toca algunas campanadas que hacen recordar á los dos novilleros su ausencia de la escuela.

Josecho, sobrecogido de temor, piensa en la extrañeza que causará al maestro no verles, el disgusto que tendrán sus padres al enterarse de la escapatoria y en la doble responsabilidad que está contrayendo al arrastrar á su hermanito hacia aquellos lugares.

Arrepentido vuelve á coger de la mano á Pedrocho, y casi llevándolo colgado, con paso rápido, regresan á la aldea con ánimo de entrar en la escuela. Arrimándose á las paredes, todo avergonzado, con los ojos bajos y dando vueltas á la boina entre los dedos, se dirige á la puerta queriendo entrar en la sala furtivamente, seguido de Pedrocho, que le va pisando los talones. Su corazón late con violencia, las piernas le tiemblan. Se adelanta con la precaución del culpable que se prepara á borrar su falta con un acto de humildad y sumisión.

La sala de la escuela está llena de niños y de moscas. Hace mucho calor y el anciano maestro, arrullado por aquel enjambre de chiquillos, dormita en su sillón dando cabezadas.

Josecho, que se ha apercibido de aquella siesta providencial, entra corriendo, y después de haber colocado á su hermanito en el sitio de costumbre, se instala é como si tal cosa en el suyo, y empieza á mascullear la lección.

Pero no había contado con la huéspedea, y la huéspedea era el alboroto que armaron los chicos al enterarse de la llegada de los novillos; clamoreo que hizo despertar sobresaltado al maestro.

El nido andaba hecho una pelota por el aire, de mano en mano y al poco rato convirtiéndose en una tortilla, que sirvió para manchar aún más de lo que estaban los ya desvencijados pupitres.

Enterado el maestro de lo que sucedía, cogió de una oreja á Josecho, y obligándole á ponerse de rodillas en la plataforma, le propinó la siguiente amonestación:

—«Debes tener presente, niño, que las faltas no pueden permanecer ocultas mucho tiempo, y que el callarlas no evita su expiación.

Cuando seas mayor, así como hoy has ido á buscar nidos faltando á tus deberes, te afanarás por buscar el placer en el vasto campo de la fantasía, sin tener en cuenta tus obligaciones de familia. Y más tarde, en la edad de la fogosidad de las pasiones, querrás huir del yugo de la justicia como hoy lo has hecho del de la escuela. Peor para tí si no atiendes estos consejos.

No olvides nunca que en todas partes y en todas las épocas de la vida, el hombre tiene un maestro á quien respetar y obedecer, llámese Ley, Opinión pública ó Conciencia.

ALFREDO DE LAFFITTE.

